

nera que ninguna cosa puede ser buena sino por Él. Y donde hay más esclarecidos y resplandecientes rayos de bondad, ahí hay mayor participacion de la bondad eterna. Y como en la muerte de los mártires hay mayor muestra desta bondad y amor, como habemos declarado, siguese que hay mayor participacion de la bondad divina, y que con ocasion de las herejías muestra el Señor más su bondad.

Demas destes bienes tan importantes y ciertos, hay otros muchos, que saca su divina Majestad para provecho de sus escogidos; porque con la turbacion de las herejías se prueba más nuestra fe, se aviva más nuestra esperanza, se enciende la caridad y se descubren los verdaderos amadores de Dios. Que por esto, como dice el Apóstol (1), es necesario que haya herejías, para que con ocasion dellas se manifiesten y conozcan los siervos leales y probados que tiene el Señor. Porque, así como las casas que están fundadas sobre la peña viva resisten al impetu de las lluvias y torbellinos y avenidas, y se quedan en pié sin detrimento suyo, y las que están sobre arena las trastorna el viento y caen y se las lleva la corriente; así las almas que están fundadas sobre los cimientos fuertes del temor santo y amor del Señor resisten á todas las tentaciones y encuentros impetuosos de los errores y herejías, y las flacas y sin cimientos cualquiera viento las derriba y asuela. É importa mucho que los buenos sean conocidos, y que los soldados vengán á las manos con los enemigos, para que se conozcan los que son animosos y valientes y los que son cobardes y tímidos; los cuales, porque ántes de la batalla andaban mezclados y militaban debajo de la misma bandera, todos parecían unos.

CAPÍTULO VIII.

Lo que habemos de hacer en el tiempo que hay herejías.

Aunque Dios nuestro Señor es tan bueno, que saca tan grandes bienes, como habemos dicho en el capítulo pasado, de tan grande mal como es la herejía, no por eso nosotros habemos de dejar de aborrecerla y huir della como de pestilencia; porque ella de sí no produce bien alguno, ni puede con su aire corrupto dejar de inficionar las almas y darles muerte; mas el Señor es tan bueno y poderoso, que hace triaca de la ponzoña y convierte en vida esa misma muerte. Para enseñarnos este aborrecimiento que habemos de tener á las herejías, y cómo habemos de huir de los herejes y maestros pestilentes que las siembran, tenemos muchos y maravillosos ejemplos de santísimos y gravísimos varones, y lo que es más, la doctrina de Cristo nuestro redentor (2), que nos manda que tengamos por étnico y publicano, que es por descomulgado y apartado del comercio y favor de Dios, al que no oyere y obedeciere á su Iglesia. Y san Pablo dice (3) que huyamos del hereje. Y san Juan

(1) I. Cor., x.
(2) Math., xviii.
(3) Tit., iii.

Evangelista (4), que áun no le saludemos ni le digamos palabra de buena crianza. Y san Ignacio, su discípulo, nos enseña á huir de cualquiera que no siguiere la doctrina de la santa Iglesia católica, y no tratar con él aunque sea amigo, hermano, hijo ó padre (5); y el mismo Santo lo guardó esto de manera, que áun en sus epístolas no quiso nombrarlos, por no contaminarlas con el nombre de ellos.

Conforme á esta saludable doctrina, el apóstol san Juan salió de un baño adonde se lavaba Cherinto, hereje, y dijo á sus discípulos (6): «Huyamos de aquí, porque no caigan estos baños sobre nosotros, en los cuales se está bañando Cherinto, enemigo de la verdad», como lo cuenta Eusebio (7); y san Ireneo dice que nunca los apóstoles quisieron tratar ni hablar con los herejes. Y san Policarpo, discípulo del mismo san Juan, preguntándole en Roma Marcion, hereje, porque se apartaba dél, si le conocia, le respondió (8): «Conozco al hijo primogénito de Satanás.» Habiendo enterrado acaso á un santo monje en una sepultura en que estaba enterrado un hereje, le oian cada noche decir al católico, como quien hablaba con el hereje: «No me toques, hereje, ni te llegues á mí, enemigo de la santa Iglesia católica.» ¡Qué aborrecimiento debía de tener á los herejes en vida el que así huía de ser tocado de los huesos de uno dellos en la sepultura! (9). Toda una ciudad entera se despobló, y los moradores della se pasaron de África á España (10), por no tener obispo á un hereje, que Honorico, rey de los vándalos, arriano y cruelísimo perseguidor de los católicos, les habia dado (11). Estando una vez unos muchachos católicos en la calle jugando á la pelota, pasó un hereje á caballo, y la pelota con que jugaban acaso topó en la cabalgadura en que iba el hereje, y los muchachos no se atrevieron á tocar la pelota ni tomarla más en las manos, teniéndola por cosa maldita y contaminada; de lo cual se ve cuán grande piedad y recato debian tener los padres, pues tan bien enseñados estaban sus hijos, y lo que importa desde la tierna edad criarse los niños con odio y aborrecimiento de todo lo que es contrario á nuestra santa religion (12). Severo Sulpicio cuenta que habiendo el bienaventurado san Martin, por necesidad y por evitar mayores daños, comunicado con ciertos obispos herejes, se le secó el espíritu, y que no hacia despues tantos milagros, y que el mismo Santo lo lloraba y atribuía al haber tratado con ellos. Y así conviene que nosotros los aborrezcamos y huyamos, y que de nuestra parte hagamos lo que somos obligados para aplacar la ira de Dios y detener el azote riguroso

(4) Joann., ii.
(5) S. Ignat., epist. ix et x.
(6) Euseb., *Eccles. Hist.*, lib. iv, cap. xiv.
(7) Euseb., lib. iii, cap. iii, *Contra Valentinum*.
(8) *Prado espiritual*, cap. xi.
(9) *Nancé*, vol. ii.
(10) *Gener.*, c. lxxi.
(11) *Teot.*, lib. iv, *Hist.*, cap. xiv.
(12) *Dialog.*, iii.

de su venganza, el cual en permitir las herejías se manifiesta.

Y lo primero que habemos de hacer es acudir al mismo Dios, y con continua, humilde y devota oracion suplicarle que no castigue las ánimas que Él remedió con su preciosa sangre, con castigo tan severo y atroz como es permitir las herejías, y que aunque nuestros pecados merezcan cualquier azote, los paguemos con penas y trabajos corporales, y no con las espirituales, que son en tan grande ofensa é injuria de su divina Majestad. Pongámosle delante el tesoro riquísimo de los merecimientos y la preciosísima sangre de su unigénito Hijo, la intercesion de todos los ángeles y espíritus bienaventurados del cielo, y especialmente de aquella soberana Reina y Señora nuestra, que es alabada de la santa Iglesia por haber confundido y aniquilado todas las herejías, y de aquellos gloriosos capitanes y divinos labradores que conquistaron el mundo, y derribada la idolatría, plantaron en él nuestra santa fe católica, ó derramaron su purísima sangre por ella, ó con la luz resplandeciente de su doctrina la enseñaron y explicaron, y deshicieron las tinieblas y errores de los herejes.

Lo segundo, debemos hacer gracias al Señor por habernos dado á nosotros verdadero conocimiento de su fe y verdad, y que en nuestros reinos, como en la tierra de Gessen, veamos luz y claridad (1), estando tantos otros reinos y provincias llenas de tinieblas y oscuridad, como lo estuvo Egipto (2), y que gocemos de la paz, justicia y tranquilidad de que gozamos, que son frutos de la verdadera religion, en el tiempo que otros, por haberla perdido, andan sumidos y anegados en las olas turbulentas de tantas tempestades y alteraciones. Debemos pedir á Dios con mucha instancia que guarde á todos los príncipes y ministros fieles que Él tiene en la tierra, por cuya vigilancia, celo y poder nos viene tanto bien.

Principalmente y ante todas cosas debemos enmendar nuestras vidas y despedir de nosotros todos los vicios, y más los que nos disponen á abrazar y seguir más fácilmente las herejías. Porque, dado caso que la fe es el principio, raíz y fundamento de todas las virtudes del cristiano, y que no puede haber fe verdadera en él sin caridad y sin las otras virtudes que dependen della, pero tambien es cierto lo que dice el apóstol san Pablo (3), que muchos dieron al traves con la fe por tener poca cuenta con su conciencia; y lo que dice en otro lugar (4), que la raíz de todos los males es la codicia, y que muchos por dejarse llevar della perdieron la fe. Conforme á esta verdad, que nos enseña el Apóstol, no hay duda sino que es gran disposicion para perder la fe la mala vida y corrupcion de las costumbres. Y así comunmente vemos que los hombres perdidos y desalmados fácilmente se hacen

(1) *Exod.*, x.
(2) *Sap.*, xviii.
(3) *I. Tim.*, i.
(4) *Idem*, vi.

herejes y buscan errores en la doctrina para autorizar y defender los desconciertos de su mala vida. Y si esto en los tiempos pasados fué verdad, no lo es ménos en los presentes, por ser las herejías de nuestros tiempos más peligrosas, blandas y sensuales, y fundadas en deleites y carnalidades, y enemigas de toda aspereza y penitencia. Por tanto, si queremos que Dios nuestro Señor nos haga merced de conservar en nosotros y en todo el reino el dón inestimable de su santa fe católica, debemos, cuanto nos fuere posible, cercenar todas las superfluidades y demasias, y desarraigar las blanduras y deleites de la carne, y refrenar nuestros gustos y apetitos, para que estén enfrenados y no nos despeñen en el abismo de las abominables, desvariadas y sangrientas herejías con que vemos perdidos otros reinos, los cuales en otros tiempos florecian en grande cristiandad y religion.

No nos habemos de contentar solamente con esto, sino tambien procurar hacer guerra á los herejes y vencerlos con nuestras obras. Quiero decir que nos debemos ejercitar en todas las obras de piedad y virtud que ellos aborrecen y persiguen, como son los ayunos, penalidades y obras de penitencia; la invocacion de los santos, el uso y reverencia de sus imágenes, el pío afecto y devocion particularísima á la soberana Reina del cielo, nuestra Señora, á las indulgencias y cuentas de perdones y *agnus Dei*; el confesarse y comulgarse á menudo con la disposicion debida; el respeto y obediencia á la Sede Apostólica, obispos, perlados, sacerdotes y religiosos y superiores, espirituales y temporales, que Dios nos ha dado; porque la perversa y falsa doctrina de dos maneras se puede convencer: ó con la verdadera y católica doctrina, ó con la santa vida. La primera toca á solos los doctores y pastores de la Iglesia; la segunda, á ellos y á los que no lo son, porque todos pueden y deben deshacer y destruir la mala doctrina de los herejes con sus buenas obras, haciendo todo lo contrario, como habemos dicho, de lo que ellos enseñan contra nuestra santa religion, que es una manera muy fuerte y eficaz para desterrar los errores del mundo.

Luis Lipomano, obispo de Verona en nuestro tiempo, sacó á luz las vidas de muchos santos; y Lorenzo Surio, monje cartujo, publicó muchas otras y perfeccionó lo que Lipomano habia comenzado; en las cuales vidas van notando en la márgen los hechos y ejemplos notables de los santos que son contrarios á las herejías destes tiempos; pareciendo á estos dos prudentes, piadosos y celosos varones que la mejor manera para deshacer las tinieblas de los herejes es ponernos delante, como una hacha encendida, la vida de los santos que Dios nos dió por guía y maestros; y cierto que acertaron mucho, porque, demas que con los ejemplos de los santos convencen á los herejes, y prueban que todo lo que ahora enseña y usa la Iglesia católica, en todos tiempos y en todas las provincias se usó, mueven mucho más las obras que las palabras, y no hay más firme testimonio para confirmar la verdad

que del que nos la enseña con su ejemplo, y de tal suerte se abrazó con ella, que muchas veces por no perderla perdió la vida; lo cual se ha dicho para avisar al verdadero católico que muestre con su vida su fe, y el aborrecimiento que tiene á los herejes con hacer obras contrarias á su pestilente doctrina.

CAPÍTULO IX.

Por qué permite nuestro Señor alguna vez que los infieles y herejes florezcan, y los fieles y católicos padezcan.

Visto hemos por qué permite Dios las herejías, y algunos de los grandes provechos que se sacan de ellas y lo que debemos hacer nosotros contra ellas. Pasemos adelante, é inquiramos por qué á los herejes é infieles, que sabemos cierto que son sus enemigos, algunas veces los prospera Dios y les da dichos sucesos, y á los católicos y fieles y verdaderos siervos suyos los atribula y aflige, como se ve en los sucesos que tuvieron los principes cristianos en las jornadas que hicieron para la conquista de Jerusalem, y en el santo y poderoso Luis, rey de Francia, el cual peleando las batallas del Señor, una vez fué preso de los infieles y otra murió de pestilencia, como dijimos, y en los herejes usitas, que tantas veces alcanzaron victoria de los católicos, que con mayor número de soldados y poder iban á hacer guerra en tiempo de Segismundo emperador. Y para no repetir historias antiguas, esto mismo nos enseñan algunos sucesos que habemos visto en nuestros tiempos, los cuales han sido causa de engreimiento vano y triunfo á los herejes, y descaimiento y desconsuelo á los católicos, y de admiracion y espanto á toda la cristiandad. Pues si es cierto que estos sucesos no son acaso, sino que Dios nuestro Señor los hace, ¿por qué los hace? ¿Por qué desampara su causa? ¿Por qué no oye las voces y gemidos de tantos siervos suyos? ¿Por qué desfavorece á los buenos y favorece á los malos, aflige á sus amigos y da contento y alegría á sus enemigos? Y hablando de lo que nos toca y habemos visto, tanto es cosa de más maravilla, cuanto es más nueva y ménos usada en nuestros tiempos. Porque en estos setenta años, ó poco más, que há que la perversa y diabólica secta de Martín Lutero comenzó á perturbar la paz de la Iglesia católica en todas las guerras que por causa de la religion se han hecho en Alemania la alta y la baja, en Francia y en otras partes, que han sido muchas, siempre los católicos han vencido y triunfado de los herejes. Y pues es verdad lo que dijimos arriba, que Dios no permite males en el mundo sino para sacar dellos mayores bienes, ¿qué bienes puede haber con que se recompensen los daños inestimables que de pérdidas tan lastimosas comunmente se sienten y en todos tiempos se pueden temer? A esta pregunta, que es comun de todos los hombres cuerdos y celosos, cierta y cumplidamente solo Dios puede responder, porque Él solo, como hemos dicho, sabe sus secretos juicios, y los fines é intentos que tiene, y los medios su-

ves y eficaces que para alcanzarlos ha de tomar, y á nosotros no nos toca sino reverenciarlos con humildad, y ponernos en todo debajo de las alas de su misericordia y proteccion; pero rastreando algo de sus juicios, y buscando por los efectos que vemos las causas que no sabemos, diré lo que se me ofrece en esto.

Ante todas cosas, se ha de presuponer aquella verdad que en la primera parte de este tratado dejamos declarada: que Dios nuestro Señor es el autor y la primera causa de todos los males de pena que padecemos, y que sin su voluntad ni un pajarito cae en la red. Tambien se ha de presuponer que los sucesos que habemos visto en nuestros dias no son contrarios á los que ha tenido estos setenta años la santa Iglesia católica contra los herejes, ni ellos tienen por qué engreirse y desvanecerse por ellos, pues hasta ahora siempre que los católicos pelearon los vencieron, y ahora, porque no se peleó no se venció, y no se peleó porque el Señor quiso castigarnos, no por mano dellos, sino por la suya, para que nosotros nos humillásemos, y ellos no se pudiesen ensoberbecer con nuestro castigo.

Los filósofos más groseros atribuyen los acacimientos y varios sucesos que ven á las causas naturales, los historiadores á las morales, los astrólogos á las estrellas, los teólogos y sabios cristianos los refieren á la divina Providencia, como á fuente y primer principio de todas las cosas; la cual algunas veces las dispone de manera, y con tal suavidad ordena los consejos y circunstancias que entrevienen en ellas, que parece que fué acaso lo que se hizo, y que si se perdió la jornada, fué, ó por la culpa del capitán, ó por la poca obediencia de los soldados, ó por la falta de municiones y de bastimentos, ó porque el enemigo tuvo en la batalla en su favor el sol ó el viento, ó por otras causas semejantes, siendo verdad que la causa principal fué la voluntad del Señor, aunque se sirvió de las otras causas particulares para obrar con más suavidad. Y los que solamente miran á lo de fuera echan la culpa á lo que por defuera se ve; mas los que tienen la vista más aguda y limpia ven la disposicion soberana del Señor, que resplandece en semejantes sucesos.

Declaremos esto con dos ejemplos de las divinas letras, uno de paz y otro de guerra. Pecos el rey Salomon, y edificó templos, y adoró á los dioses de las mujeres idólatras que habia tomado (1). Enojóse el Señor y dijole que quitaría el reino á su hijo Roboan en castigo de aquella maldad, aunque por la memoria de David, su padre, no todo, sino solamente las diez tribus. Y viviendo aún el mismo Salomon, Aquías, profeta, estando solo en el campo con Jeroboan, criado de Salomon, le dijo de parte de Dios que él sería rey de las diez tribus de Israel, y en prueba desto, le dió de doce partes de su ropa las diez. Pero aunque esto habia determinado el Señor, quiso hacerlo con suavidad, y or-

(1) Reg., cap. xi et xii.

denó que Roboan no creyese á los viejos, que le aconsejaban que diese gusto al pueblo y condescendiese con él, sino á los mozos, que le dijeron que le apretase y cargase más. Y con esto todo el pueblo de Israel se exasperó y se rebeló y apartó de la obediencia de Roboan, y tomó por rey á Jeroboan, el cual reinó sobre las diez tribus, como Dios se lo habia prometido. Y así, queriendo Roboan hacer guerra á Jeroboan para cobrar su reino, le mandó Dios decir por el profeta Semeya que no la hiciese, porque su voluntad habia sido que el reino se dividiese, y que no habia más que tratar. Pero puesto caso que ésta habia sido su voluntad, y que la tenia declarada á Salomon y á Jeroboan, como habemos dicho, para ejecutarla ordenó las cosas de suerte, que á los que no sabian lo que Dios tenia determinado pareciese que el mal consejo de los mozos sin experiencia que habia seguido Roboan, no haciendo caso de los viejos, habia sido causa de aquel daño y de la desobediencia y apartamiento del pueblo, aunque no habia sido sino medio con que se ejecutó más suavemente la divina voluntad. Y así dice la misma Escritura Sagrada que la causa principal por que Roboan no dió contento al pueblo habia sido porque Dios estaba enojado con él, y queria cumplir su palabra y dividir el reino de Salomon.

Este ejemplo es de paz; pongamos otro de guerra. Fué Acab (1), rey de Israel, á la guerra, y dice la Sagrada Escritura que uno de los enemigos flechó el arco y tiró una saeta, la cual, volando por el aire, acaso hirió al Rey y le traspasó, y murió. Pero esta muerte, que parecia haber sucedido acaso, el profeta Miqueas por parte de Dios se la habia profetizado, y díchole que moriría en aquella guerra. Y como éstos, tenemos otros ejemplos en las divinas letras, que nos enseñan que no es caso ni solo mal gobierno lo que parece que lo es, sino la voluntad del Señor, aunque Él ordena las cosas de suerte que parezca que ellas mismas se hacen, y nosotros, que no sabemos su voluntad y lo que conforme á ella ha de suceder, estamos obligados á trazar y ordenar lo que nos toca, de manera que por nuestra imprudencia y poco aviso no se pierdan las cosas.

Esto presupuesto, digo que muchas causas puede haber por que Dios nuestro Señor castiga á los suyos con tristes sucesos; mas la primera y más cierta y principal es la de los pecados que de tal manera merecen ser castigados.

En el libro de los Jueces se lee (2) que habiendo cometido una gravísima maldad unos vecinos de la ciudad de Gabaa, que era en la tribu de Benjamin, y queriendo los de las otras tribus castigarlos, se armaron dellos cuatrocientos mil hombres y consultaron con Dios lo que debían hacer. Él les respondió que fuesen á la guerra y castigasen aquel delito y á los de la tribu de Benjamin, que no

(1) III, Reg., xxii.

(2) Jud., xi.

le habian querido castigar, ántes estaban armados veinte y cinco mil dellos, con otros setecientos valentísimos soldados de la ciudad de Gabaa, para resistir y pelear con los cuatrocientos mil. Y para que no se engañasen en elegir capitán general, el mismo Dios se le señaló. Fueron á la guerra, pelearon con los de Benjamin, fueron vencidos y murieron dellos veinte y dos mil. Acudieron á Dios, postráronse, lloraron, y estuvieron todo el dia hasta la noche en oracion, encomendando muy de véras á Dios su negocio, y consultando con Él si habian de tornar á pelear y pasar adelante en su empresa. Mandóles Dios que peleasen; pelearon, fueron vencidos la segunda vez, y murieron diez y ocho mil dellos. Visto este mal suceso, ayunaron, ofrecieron sacrificios y aplacaron la faz del Señor, y suplicáronle que les mandase lo que habian de hacer. Mandóles que volviesen á la batalla, porque él les daria el dia siguiente la vitoria y la ciudad de Gabaa, y así se la dió, y mataron veinte y cinco mil y ciento infantes valentísimos, y tomaron y quemaron y asolaron la ciudad. Ésta es la historia.

Cosa es que pone admiracion ver que siendo la causa tan justa y consultada y encomendada á Dios, y habiendo recibido el capitán general de su mano, hayan sido castigados dos veces de los delincuentes los que por orden del mismo Dios los iban á castigar. Algunos doctores dicen que la causa desto fué porque habiendo algunos de la tribu de Dan hurtado un idolo á Miqueas, le pusieron en su pueblo y le adoraban públicamente, y esto era notorio en Israel, y no lo habian castigado, ni quitado el idolo, como estaban obligados (3). Y por otra parte, iban á castigar el delito y escándalo de sus hermanos, que aunque era grave, era menor que el que ellos consentian y disimulaban entre sí. Y así dice san Gregorio, papa (4): «¿Qué quiere decir que el pueblo de Dios, que iba con celo de hacer venganza, fué, ántes que la hiciese, vencido de aquellos cuyos pecados queria castigar, sino enseñarnos que los que quieren castigar las culpas ajenas, primero han de ser purgados de las suyas, para que, siendo ellos limpios, puedan alimpiar á los otros, conforme á lo que dijo Cristo nuestro redentor, hablando de la adúltera (5): «El que de vosotros está sin pecado sea el primero que le tire la piedra». Venian á castigar los pecados ajenos, y dejaban los suyos. Por tanto, examinen primero su conciencia, emienden y lloren ántes sus pecados, y despues reprendan y corrijan los ajenos.» Todo esto dice san Gregorio y lo trae la glosa ordinaria en aquel lugar (6). Y añade: «Con este ejemplo se enseña á los que van á la guerra justa que miren bien, ántes de ir á ella, si tienen algun pecado que merezca ser castigado con la espada del enemigo.»

De manera que quiso Dios castigar á las once

(3) Jud., xviii.

(4) Greg., Moral., lib. xiv, cap. xiii.

(5) Joan., viii.

(6) Glosa ordinaria, in cap. xx Judic., et Abulens. et Chartusia, en aquel lugar.

tribus primero, para que, siendo purgados de su delito, pudiesen mejor castigar á los otros sus hermanos. Los unos y los otros habian ofendido á Dios y merecian castigo; y queriendo el Señor dársele, ordenó las cosas de manera, que los unos y los otros fuesen castigados, y los unos fuesen ejecutores de la divina justicia contra los otros. Y desto se saca que en la guerra no basta que la causa sea justa y que se consulte á Dios, y que se tome con buena intencion, para que tengamos por cierta la vitoria, si por otra parte hay pecados y tenemos enojado á Dios. Porque algunas veces permite Él que el que tiene injusta causa, á los principios venza y castigue, como ministro suyo, los pecados de los otros que la tienen justa, para que ellos, despues de purificados con la pena, puedan con más razon y con más justa causa castigar y destruir á sus enemigos, por cuya mano fueron castigados. Esto mismo podemos entender en los desastrosos y calamitosos sucesos que nuestro Señor envia á su Iglesia, con los cuales quiere Él castigar primero los pecados de los fieles, para que, estando ellos purgados, puedan despues con más razon ser ministros de su divina justicia y castigadores de las abominaciones ajenas.

CAPÍTULO X.

Qué pecados son los que Dios castiga con los malos sucesos, y por qué los castiga por mano de otros mayores pecadores.

Si alguno me preguntare qué pecados son éstos que Dios nuestro Señor suele castigar con adversos sucesos, porque, tocando el castigo á todos, parece que los pecados han de ser públicos y de todos, respondo que en varios tiempos y en varias naciones suelen reinar pecados diferentes, con los cuales se estragan y corrompen las repúblicas, aunque comunmente todos ellos se reducen á deshonestedad, á codicia y soberbia, que son las tres fuentes de todos nuestros males. Pero, para satisfacer más á esta pregunta, referiré aquí lo que dice Salviano á otro propósito bien semejante á éste, y es desta manera.

Cuando los godos, vándalos, hunos, cuados, alanos y otras bárbaras naciones inundaron sobre la tierra y destruyeron á Italia, Francia, España, África y otras provincias del imperio romano, hubo grande admiracion y espanto en el mundo, de este azote tan riguroso que el Señor le habia enviado, y Salviano, obispo de Marsella, que en aquel tiempo florecia con grande opinion de santidad y letras, escribió ocho libros, que intituló: *Del verdadero juicio, ó de la providencia de Dios*. En ellos da razon de aquel justo castigo del Señor, y para justificarle cuenta los pecados que en aquel tiempo habia en el mundo, por los cuales el Señor de aquella manera le habia castigado (1). Y despues de haber contado en general el olvido y menosprecio de Dios con que la mayor parte de la gente vivia en aquel tiempo, y el descuido y tibieza de los

(1) Lib. III.

eclesiásticos, los robos y tiranías de los señores, la insolencia de los caballeros, el engaño y mentira de los negociantes, la disolucion y profanidad de los cortesanos, la escaseza y codicia insaciable de los ricos, las calumnias de los pleiteantes, las extorsiones de los ministros de justicia, la crueldad y desalmamiento de los soldados, y finalmente, la vida de los cristianos, tan estragada y perdida, que más parecia vida de unos puros gentiles que de cristianos, viene á decir Salviano (2) que las causas particulares de aquel azote habian sido la injuria y deshonestidad de las personas nobles y principales; el repartimiento injusto de las cargas y gravezas de la república, que se echaban sobre los pobres y miserables, eximiendo y descargando á los ricos y poderosos, de suerte que la carga de los fuertes llevaban los flacos, y los que eran los primeros en decretar que se pagase, eran exentos en el pagar, siendo liberales de la hacienda ajena y escasos de la suya; el poco respeto que se tenía á la virtud y religion; los desacatos continuos que se hacian á Dios en el jurar y perjurar, sirviéndose del santo nombre de Cristo, no para afirmar y establecer la verdad, sino para colorear y esforzar la mentira y para asegurar falsamente al prójimo, y teniéndole ya seguro, destruirle (3); la envidia y pesar del bien ajeno, teniendo por infelicidad propia la felicidad de su prójimo, creyendo que no puede tener nadie honra si es honrado su vecino; la muchedumbre y maldad de los cobradores y receptores, que desollaban y empobrecian los pueblos, y so color de cobrar los derechos imperiales, chupaban la sangre de los pupilos y de las viudas, y dejaban asoladas las ciudades, sin haber quien les fuese á la mano y les hiciese resistencia, porque hasta los sacerdotes y predicadores dice que callaban y no se atrevian á decir la verdad, porque no era recibida, sino desechada y perseguida (4); la disolucion de las comedias y representaciones que se usaban en aquel tiempo, con manifesto estrago de las costumbres y perdición de la república. Y en lamentar sola esta plaga gasta un libro, que es el sexto de los ocho que escribió.

Éstas son las causas más principales que da este santo y elocuentísimo varon, por las cuales dice que Dios destruyó el imperio romano, y envió enjambres y ejércitos de gentes feroces y bárbaras para ruina y asolamiento de los moradores de la tierra, las cuales he querido referir aquí para que, si algunas dellas nos tocan á nosotros, las quitemos y emendemos.

Y si más adelante algun curioso me preguntare qué es la causa por que, siendo los pecados de los herejes tantos y tan atroces y abominables, y sin duda mucho mayores y más aborrecibles que los de los católicos y fieles, en número, impiedad y crueldad, Dios los sufre á ellos, y castiga á los fieles y católicos, respondo que esta misma pregunta

(2) Lib. IV.

(3) Lib. V.

(4) Lib. VI.

hace al Señor el profeta Abacuc, maravillado que diese á su pueblo fiel en manos de sus enemigos, que eran infieles é idólatras, y abominables en los ojos del mismo Dios, y dice (1): «¿Por qué, Señor, disimulas y callais, y permitis que el malvado y pecador se coma y trague al que es más justo que no él?» Y Salviano hace la misma pregunta: «¿Por qué Dios quiso que los godos y vándalos y otras naciones bárbaras, que eran herejes ó infieles, se apoderasen de los católicos y cristianos, y los cautivasen y tratasen como esclavos, pues aunque pecadores, eran mejores que los bárbaros que los afligian y maltrataban?» Y responde que lo bueno que tenía el cristiano, que era luz de la fe, no era suya, sino de Dios, y que esta misma fe le obligaba á esmerarse en la virtud y á conformar la vida con su creencia, y á diferenciarse en las obras de los paganos, y que no lo haciendo así, merecia mayor castigo; porque no es maravilla que el ganapan viva como ganapan, mas eslo que el caballero y el señor y el hijo del rey vivan como ganapan.

Demas desto, digo que el Señor nos trata á nosotros como á hijos, y á los herejes como á esclavos, porque muchas cosas permite y disimula el amo á su esclavo, que no las consiente ni disimula á su hijo, no por otra razon, sino porque el uno es hijo y el otro es esclavo. Y así dice Séneca (2): «Cuando vieres que los buenos y amigos de Dios trabajan y sudan y suben por caminos ásperos, y que los malos se huelgan y dan á deleites y regocijos, acuérdate que nosotros nos solemos holgar de la modestia de nuestros hijos y que damos más licencia á los hijos de nuestros esclavos, y piensa que esto mismo hace Dios. Cuando el buen padre de familias ve á una ramera tratar liviana y deshonestamente no se maravilla, porque es ramera; mas si ve á su mujer ó á su hija hacer cosa que no deba, por muy ligera que sea, la reprende y castiga, porque el amor y cuidado que dellas tiene le hace mirar y castigar las faltas muy pequeñas, disimulando las graves en la otra, que trae escrito en la frente lo que es. Desta manera pues hace nuestro Señor con nosotros, porque nos tiene por hijos, castigándonos, y disimulando por algun tiempo las culpas de los herejes, como de esclavos y enemigos suyos, hasta que llegue el tiempo de su asolamiento y destruicion.

En el libro de los *Macabeos* se cuenta la horrible y cruelísima persecucion que el rey Antioco, sobre todos los hombres de su tiempo impiísimo, hizo á los judíos y á la ciudad y templo de Jerusalem, en el cual solo en aquel tiempo era Dios conocido y adorado en el mundo. Y despues de haberse referido la sangre que derramó, sin perdonar á hombre ni á mujer, á niño ni á viejo, á casada ni á doncella, y cómo despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometian por su mandado, y otras cosas tan feas y abominables como éstas;

(1) Abac., II.

(2) Lib. De provid., cap. I.

temiendo el sagrado escritor de aquella historia que podia ser ocasion á los flacos de algun escándalo ver que el pueblo escogido del Señor fuese así tratado del mayor tirano y más cruel y fiera bestia que habia en la tierra, para consuelo y esfuerzo de los que así estaban afligidos, añadió estas notables y divinas palabras (3): «Yo ruego á todos los que leyeren este libro que no desmayen por estos acaecimientos adversos, sino que entiendan que Dios los ha hecho, no para destruicion, sino para emienda y correccion de nuestra gente; porque no dejar largo tiempo sin castigo al pecador es señal de gran beneficio del Señor, el cual no nos espera con paciencia á nosotros, como aguarda á las otras naciones, para castigarlas más rigurosamente el dia que Él tiene determinado, colmada ya su maldad, ni quiere que sea así con nosotros, ni acabarnos de una vez y hacernos pagar por junto nuestras culpas. Y ésta es la causa por que no aparta su misericordia de nosotros, ni desampara su pueblo cuando le aflige y castiga. Todas estas son palabras del Espíritu Santo, escritas en el libro de los *Macabeos*, las cuales nos dan claramente á entender que el azote en la casa del justo es misericordia de Dios, no conocida, y la prosperidad en la casa del malo es disimulada y encubierta ira de Dios. Y así dice el glorioso papa san Gregorio (4): «Porque es verdad lo que está escrito, que Dios castiga al que ama y azota al que tiene por hijo (5), muchas veces la santa Iglesia es afligida en esta vida con varias adversidades, y la vida de los malos goza de prosperidad, porque en la otra no aguarda premio, sino castigo. Mas los herejes, viendo las aflicciones de la santa Iglesia, la menosprecian, y piensan que es afligida porque es falsa su creencia y religion.» Esto es de san Gregorio.

Y en el mismo libro de los *Macabeos* se cuenta otro ejemplo, que confirma admirablemente esta misma verdad; porque habiendo, de los siete hermanos Macabeos, los seis acabado gloriosamente su batalla, y muerto despedazados por la defensa de la ley de Dios, el séptimo y postrero hermano con grande ánimo y valor se volvió al rey Antioco y le dijo estas maravillosas palabras (6): «Nosotros por nuestros pecados padecemos, y aunque el Señor para nuestro castigo y emienda está algo enojado con nosotros, pero pasará presto el enojo, y volverá su rostro sereno á sus siervos. Mas tú, malvado y sobre todos los hombres detestable, no te ensoberbezcas vanamente, ni con falsas esperanzas te enciendas contra los siervos de Dios, porque aún no has escapado del juicio de aquel Señor que es todopoderoso y ve y provee todas las cosas. Mis hermanos por un breve dolor que han padecido gozan ahora de la posesion de la vida perdurable, y tú por justo juicio de Dios serás castigado conforme á tu soberbia y maldad. Yo, como tam-

(3) I, Mac., VI.

(4) Lib. II, Moral., cap. XV.

(5) Heb., XII.

(6) III, Mac., VII.